

zaba marcando sus huellas con los soldados que caían. Fué esa su última descarga, pero quedaba solamente el recurso de la bayoneta para detener el torrente humano, porque Oronoz se acercaba á paso de carga.

En ese momento se oye el toque de corneta por la retaguardia, un grito de alarma, y el tropel de la caballería "¡Victoria!" grita el General Díaz; "¡victoria!" exclamaban sus soldados también, y ordena violentamente el avance dejando atrás la batería. La caballería que formaba el ala derecha del enemigo, hasta allí contenida por el cuerpo de rifleros, había sido puesta en desorden por la primera carga de la caballería de Ramos que venía bajando, contribuyendo á derrotar á su propia infantería, sembrando la confusión en ella.

Ya en este momento todo se convirtió en fuga, persecución y matanza. El ala izquierda, del enemigo, atacada en su retaguardia por la columna del centro del General Díaz, fué apresada por compañías enteras; sin embargo, aún continuaba la resistencia, opuesta por un pequeño grupo que rodeaba al Coronel Testard, con el fin de sostener el honor militar y su pabellón, para caer allí formándole alrededor un pedestal sangriento. Sólo la caballería se escapó con poca pérdida bajo el mando de Oronoz, abandonando la artillería y los bagajes, lo cual vino á realzar el triunfo del vencedor.

Entre los muertos había cuarenta franceses incluso su Coronel, y entre los prisioneros se contaban diez y ocho oficiales franceses y veintidós mexicanos, quienes, en cumplimiento de las órdenes de Juárez, debían expiar con sus vidas el error de haber sido traidores á su patria; pero se hizo efectiva solamente en los desertores que se habían pasado á Bazaine durante el sitio de Oaxaca.

Este brillante hecho de armas, al que se le dió el nombre de batalla de Miahuatlán, en el que el General Díaz obtuvo uno de sus más espléndidos triunfos, lo alcanzó el 3 de Octubre de 1866, precisamente la fecha que recordaba el odioso

decreto que imponía la muerte á los patriotas, quienes, bajo el imperio de la misma ley eran inmolados sin piedad en los patíbulos. La Providencia en sus arcanos permitió que en la misma fecha, el General Díaz castigara á los enemigos de la patria, obteniendo sobre ellos una de sus victorias más renombradas.

A estos triunfos, siguió otro de no menos resonancia, el de la Carbonera, en el que el General Díaz, fué admirablemente secundado por su hermano el Coronel Don Félix; en efecto, después de un ataque reñidísimo contra una fuerza de más de 1,500 austriacos compuesta de las tres armas, logró derrotarlos de una manera tan decisiva, que hizo prisioneros por compañías enteras, capturando como 800 carabinas, varios cañones y todo el tren de material de guerra, hasta entonces uno de los más valiosos.

Inmediatamente, el General en Jefe del Ejército de Oriente ordenó la marcha con toda su fuerza sobre la capital de Oaxaca, y á su arribo, estableció el sitio, y aunque Oronoz que la defendía, pudo con tiempo introducir víveres y fortificar la plaza, todo fué inútil, porque el Jefe imperialista comprendió que no era posible luchar con el General Díaz, á quien al fin se rindió, capitulando el 31 de Octubre de 1866. Al día siguiente entró á su ciudad natal el Jefe vencedor, y acostumbrado el pueblo á verle llegar á ella ornada la frente con los laureles de la victoria, le recibió con inusitado entusiasmo. Estos triunfos fueron de notoria resonancia en todo el país, repercutiendo también en el extranjero, llamando justamente la atención sobre el Jefe republicano que había acostumbrado á la victoria á presidir sus hechos de armas.

En Oaxaca se dedicó desde luego á pesar del estado de guerra que permanecía en pie, á la conveniente reorganización de la administración pública, dando la preferencia á la instrucción en las escuelas nacionales, inspeccionándolas personalmente, y sin tener en cuenta su alta gerarquía militar,

departía con los pequeños escolares, á quienes daba con sencillez los más sanos consejos, con el fin de grabar en sus tiernos corazones y en su limitada inteligencia, los gérmenes que después debían fructificar en ellos para hacerlos hombres útiles á la sociedad y á la patria.

Organizada la administración pública, emprendió en seguida y sin pérdida de tiempo sus operaciones militares, preparándose para la última campaña, pero al mismo tiempo la más importante, cuyo epílogo sería la caída del Imperio y el triunfo definitivo de la causa nacional y de nuestras instituciones. Por consiguiente, se dirigió hacia el Sur, en cuya comarca obtuvo nuevos triunfos, ocupando las poblaciones de Chistova, Tequisistlán y Tlacolulito, último refugio del enemigo en aquella región. Sin embargo, escaso como siempre de armas y municiones de guerra, era apremiante para él dar mejor organización al cuerpo de ejército que mandaba. De los Estados Unidos no recibió el armamento solicitado, y aun el que podía conseguir de la costa de Veracruz, fué remitido al General García por orden del Sr. Juárez, de quien aquel Jefe era amigo decidido; pero amotinada la tropa de García por cuestión de haberes, se hizo creer á los descontentos que los fondos existentes habían sido destinados á pagar el armamento que debía remitirse al General Díaz. Esta sola explicación bastó para calmar los ánimos entre las tropas, las cuales en la duda, exigieron conducir las armas hasta el cuartel general del Ejército de Oriente, recibéndose en él este inesperado auxilio, que era tan necesario en el estado en que se hallaba el mismo Ejército.

La retirada definitiva de los franceses determinó un cambio de suma importancia en la situación del Imperio, precipitando la crisis consiguiente en el gobierno y en las operaciones militares, que muy pronto debía llegar á su período álgido con la derrota sufrida por Miramón y obtenida por el Ejército del Norte; como consecuencia de ella cayeron en poder de los

vencedores las importantes capitales de los Estados de Guanajuato y Michoacán. Los Jefes que rodeaban á Maximiliano le indujeron á tomar el mando del Ejército para reanimar el espíritu militar que comenzaba á decaer, y accediendo á estas indicaciones, salió para Querétaro el 13 de Febrero de 1867. La Capital quedaba perfectamente guardada por fuerzas suficientes, lo mismo que Puebla y Veracruz, que fueron considerados como baluartes inexpugnables de su dominación. Tal era el estado de la situación, que el mismo Maximiliano agravó partiendo para Querétaro, población á la cual se dirigieron las operaciones de los tres cuerpos del Ejército republicano, el del Norte, Occidente y Centro, estableciéndose en seguida el sitio de la plaza ocupada por el gobierno imperial.

Distinta y comprometida era ciertamente la situación del General Díaz, quien tenía bajo su mando una región extensísima en el Sur y Oriente del país, y en donde las mejores tropas y elementos de guerra habían permanecido fieles al enemigo, que podía defender fácilmente los importantes centros de población, como México, Puebla y Veracruz, que serían, en definitiva, los últimos baluartes del Imperio. Por el contrario, el General Díaz, permanecía solo con un ejército por organizar y con fuerzas limitadas á escaso número, entre las que se contaba gente colecticia y bisoña, poco acostumbrada á los azares de la guerra; y sin embargo, él debía antes de seis meses arrebatar á los imperiales en alas de la victoria, aquellas mismas plazas que se consideraban inexpugnables y en las que Maximiliano creía encontrar un refugio para su defensa, en caso de un fracaso en el interior de la República.

Precaria era en efecto la situación del General Díaz, comparada con la de los tres Cuerpos de Ejército que unidos operaban sobre Querétaro, y aun así, preciso es inclinarnos ante los hechos que la historia de aquella época nos relata, época no lejana por cierto, y de la cual abundan numerosos testimonios de los que en ella tomaron parte, y que bajo su impresión,

tenemos el deber de confesar toda la gran valía del Jefe republicano que ocupa nuestro relato. Confirman nuestra convicción, dos acontecimientos que por sí solos bastan á nuestro intento; uno se refiere al Príncipe Maximiliano, el otro al Señor Juárez, Presidente de la República. En efecto, apremiado el primero por las circunstancias con motivo de haberse efectuado la retirada de las tropas francesas, pretendió salir del país con los soldados extranjeros, austriacos y belgas, que en número de cinco mil hombres habían permanecido con él en México; sin embargo, para llevar á cabo su proyecto, era necesario contar con un jefe probo y de valer con quien pudiera combinar su retirada y que el pacto fuera fielmente respetado, en vista de la honorabilidad del Jefe mexicano. Bajo este concepto, y no ofreciéndole á su entender ninguna personalidad en el país, las garantías que eran indispensables, se dirigió al General Díaz como el Jefe más prominente en el Ejército mexicano, reconocido al mismo tiempo como el más moderado á pesar de sus victorias; Maximiliano le ofrecía por su parte desconocer á Lares, Jefe del Gabinete, á Márquez, y demás oficiales de alta graduación del Imperio, entregándole al mismo tiempo todas las fuerzas con que contaba y los recursos de guerra de su gobierno, en cambio de algunas concesiones en favor de sus partidarios, y al mismo tiempo permitirle su salida del país en unión de las tropas extranjeras que le acompañaban.

El General Díaz, á quien no podían satisfacer bajo ningún concepto semejantes proposiciones, que de aceptarlas le hubieran convertido en árbitro de los destinos de la Nación, precisamente en los momentos en que ella debía pronunciar su última palabra por voz del Supremo Gobierno, inspirado en estos patrióticos sentimientos, contestó á Maximiliano, según vemos en una carta publicada por la prensa el 14 de Febrero de 1867:

“Que como Comandante en Jefe del Ejército de Oriente que

mandaba por disposición de las autoridades supremas del país, no podía sostener otra clase de relaciones con el Archiduque, que las permitidas por las leyes militares, con el jefe de una fuerza enemiga, y que resistiría cualquiera tentativa de evasión intentada por las tropas extranjeras.”

Y debe tenerse presente que esta resolución la hizo saber á Maximiliano, cuando, escaso de recursos, comenzaba á organizar el Ejército de Oriente, por manera que, no era extraño que en aquellas circunstancias le hubiera sido difícil hacer efectivos sus propósitos para resistir la evasión de Maximiliano con las tropas extranjeras que le seguían.

El otro hecho á que nos hemos referido es el que tiene relación con el Señor Juárez. El Presidente, al abandonar la Capital después del desastre de Puebla, se había reservado el mando del importante Estado de México y todo el valle en que se asienta la Capital de la República, enclavada en el Distrito Federal, dejando al General Díaz los Estados del Sur y del Oriente, restricción que sólo se explicaba en aquella época, teniendo presente que este Jefe, célebre y prominente ya en el ejército por sus ruidosos triunfos, era objeto entonces de no escasas envidias, y aun el mismo Juárez, en vista de la creciente popularidad de Porfirio Díaz por sus continuas victorias alcanzadas sobre el enemigo, y su genio organizador tan apto para la administración, había concebido algunos recelos; sin embargo, en presencia de la actitud del General Díaz siempre obediente á las órdenes que emanaban del Supremo Gobierno, el Señor Juárez dejó al mando del Jefe del Ejército de Oriente la región que se había reservado con la Capital de la República, la cual á pocos meses cayó rendida al General Díaz bajo el incontrastable poder de sus victorias y de su nombre.

No es posible dejar pasar en silencio las consideraciones á que se prestan los dos hechos que han ocupado nuestro relato; son ellos de tan alta significación, que con sólo enunciar-

los bastan á presentar con abrumadora evidencia, á nuestra posteridad, la admiración de que ha sido objeto el hombre que atrajo las miradas de Maximiliano en momentos supremos para él, en los que peligraban su vida y su honra; hiriendo al mismo tiempo, bajo otro aspecto, el ánimo imperturbable y sereno del Señor Juárez, impresionado por infundados recelos; y no es posible olvidar que las dos personalidades enunciadas giraban sobre polos opuestos, luchando cada uno por su causa, de la cual se hallaban pendientes los destinos de la patria.

En efecto, el Sr. General Díaz fué para Maximiliano el único en toda la extensión de la República mexicana de quien nunca dudó para obtener su salvación, si hubiera podido conseguir que él empeñara su palabra. Juárez, por otra parte, rindiendo al General en Jefe del Ejército de Oriente el homenaje debido á sus virtudes cívicas y á sus grandes merecimientos, despojado ya de recelos, le confió la región más importante de nuestro país, en la que se hallaba enclavada la misma Capital; y seguramente de su resolución no debía arrepentirse jamás, porque el Sr. General Díaz entregó al Jefe Supremo de la Nación la ciudad que era el asiento de su legal residencia, la cual anticipadamente se rindió al Jefe republicano, y en la que hicieron su entrada triunfal los Supremos Poderes de la República, merced en gran parte á las victorias alcanzadas por el héroe del "2 de Abril."

Admirable contraste es éste, ciertamente; el Presidente Juárez da el mando de la región más importante del país al Señor General Díaz en momentos angustiosos para la causa nacional; Maximiliano pretende á su vez entregarse á él para salvar su vida y la de los extranjeros que le rodeaban, aunque sin conseguirlo; y ante esta significativa antítesis que la historia ha recogido en sus páginas, se destaca la gran figura del Caudillo en la suprema síntesis de Ayutla, de la Reforma y de la guerra de Intervención y del Imperio, en Porfirio Díaz.

*
*
*

Con la ocupación de Oaxaca, la del mismo Estado y toda la región circunvecina, el General Díaz comenzó á preparar la campaña contra los imperiales posesionados de Puebla; pero animado como siempre del deseo de hacer el bien, con sus tendencias de orden y organizadoras, se dedicó en los pueblos de su mando á la administración civil, y por lo tanto, á la Hacienda pública, la Justicia y á los municipios, con el objeto de dar algún sosiego y tranquilidad á sus habitantes tan trabajados por los desastres de la guerra. De esta manera terminaron los préstamos y el exceso de las contribuciones consiguientes al estado de perturbación en que el país se hallaba con motivo de la invasión extranjera y la guerra contra el Imperio. Desde entonces los impuestos comenzaron á recaudarse con la regularidad posible para las atenciones del Ejército, pues el estado de guerra permanecía aún en pie en toda la extensión del territorio que mandaba el General Díaz.

Al dirigirse á Puebla contaba ya en Huamantla con un cuerpo de ejército presentable, debiendo recordarse que muy pocos meses antes se hallaba reducido á combatir con escaso número de tropas, sin ninguna clase de recursos y con soldados bisoños; pero todos estos males desaparecieron con sus triunfos y con su incansable perseverancia en la organización de sus fuerzas, las cuales alcanzaron en Huamantla la importancia de un cuerpo de ejército, si no numeroso, por lo menos respetable, compuesto de tres divisiones, al mando respectivamente de los Generales Alatorre, Méndez y Toro, las cuales se componían á su vez, de las brigadas á las órdenes de los Coroneles Don Manuel González, Carrión, Figueroa, Espinosa, Lucas, Cravioto, y las caballerías de los Coroneles Mier y Terán y Bocardo.

El 9 de Marzo de 1867, en su marcha sobre Puebla, arribó

á las afueras de la ciudad, ocupando el cerro de San Juan. Antes había expedido un importante manifiesto en que hacía un llamamiento al patriotismo de los pueblos de su mando, con el tacto y la moderación de que tantas pruebas había dado, porque era su objeto obtener el concurso y la cooperación de todos los mexicanos, siempre que pudieran ser fructuosos para la causa de la patria; señalando como ejemplo del más ardiente patriotismo, á Morelos y á Zaragoza, aunque lamentando la incalificable obstinación de Márquez, Miramón y Laredo, quienes debían causar todavía en el país luctuosas exencas de desolación y de sangre, y terminaba en conmovedora síntesis, asegurando que el Ejército de Oriente seguiría por su parte una marcha irresistible, agrupado alrededor de la bandera nacional, sagrada enseña del deber y del honor militar, hasta que sus soldados pudieran estrechar las manos de los que formaban en los Ejércitos del Norte, Oeste y Centro, al concurrir unidos al triunfo de la patria y al de nuestras instituciones republicanas. Este llamamiento al pueblo, escrito bajo el influjo del sentimiento patriótico, siempre creciente en su signatario, produjo magnífica impresión en los Estados de Oriente, repercutiendo el eco de las palabras del Jefe republicano, en todos los ambitos del país.

Según hemos manifestado antes, el Sr. General Díaz arribó á las afueras de Puebla el 9 de Marzo de 1867, con escasas fuerzas y unos cuantos cañones, pero resuelto á establecer el sitio, empresa ciertamente arriesgadísima, porque la plaza contaba para su defensa con más de cien piezas de artillería, establecidas en sus fortificaciones, con tropas muy superiores en número y en recursos de guerra á las que mandaba el General en Jefe del Ejército de Oriente; y aunque fueron reforzadas éstas con 1,500 hombres que del Sur condujo el General Alvarez por disposición del Sr. General Díaz, este auxilio fué ilusorio, porque el Supremo Gobierno insistió de nuevo en que remitiera á Querétaro mayor grueso de tropas, como en efec-

to así lo verificó, permaneciendo en las mismas condiciones que antes, las que nunca le arredraron, valiéndose para hacer frente á los azares de la guerra, de su inquebrantable perseverancia y de su reconocido genio militar, que en la guerra supera siempre á cualquier elemento de éxito en el ataque ó en la defensa.

Con este motivo el mariscal Bazaine, que después de haber embarcado las tropas francesas, se hallaba próximo á partir para Europa, admirado de los triunfos del Sr. General Díaz, alcanzados en las desfavorables condiciones en que siempre estuvo colocado, errante y perseguido por fuerzas aguerridas y numerosas, exclamó al saber su avance sobre Puebla: "*C'est un homme extraordinaire,*" pero al fin se estrellará si comete el error de sitiarse á Puebla. Sin embargo, muy pronto se convenció el Jefe francés de que se había equivocado en sus predicciones, porque antes de un mes, el glorioso 2 de Abril, Puebla había caído ante las huestes vencedoras del Sr. General Díaz, que las condujo á la victoria, después de un asalto sangriento y desesperado.

Reanudamos nuestro relato, que será muy breve, porque todos conocemos los detalles del sitio en el que con tanta bizarría como valor, dirigió el Jefe republicano sus operaciones. Arrebató al enemigo uno á uno y con el sacrificio de la vida de tantos patriotas el fuerte de San Javier, la Merced, y San Marcos, ocupando la ciudad manzana por manzana, para hacer correr su artillería al punto que fuera más necesario é hizo caer para conseguirlo los elevados y espesos muros de Belem y San Agustín que se desplomaron en amontonadas ruinas, y de estos puntos, corriendo sin reposo, sin un momento siquiera de descanso, se trasladaba á toda la línea para infundir el valor y el entusiasmo á sus tropas; y en donde el peligro era mayor, ahí se presentaba con el arrojo y la serenidad de los primeros días de su brillante carrera militar. Con este incansable batallar, adelantó el sitio de tal manera,